

David de los Reyes

UTOPIA Y NUEVO MUNDO O EL PARAISO PERDIDO

(Una aproximación inspirada en los ensayos de Carlos Fuentes)

"Cumplirás con tu deber, no porque debas hacerlo, sino porque te causará placer". *Meditaciones de Marco Aurelio.*

Carlos Fuentes ha argumentado, insistentemente, que el Nuevo Mundo fue concebido para la Utopía, siendo, a la vez, este Mundo Nuevo producto de un deseo, de una necesidad para el Viejo Mundo. Copérnico destruyó la ilusión geocéntrica y Europa necesitó inventar un espacio original para confirmarse la total extensión del mundo conocido. Copérnico observa el mundo de las esferas y revoluciona al mundo del hombre: funda el mundo moderno, derriba la seguridad ofrecida desde el geocentrismo medieval que adhiere para sí el punto de vista único y privilegiado. Se dilata el universo: es una constante expansión infinita; comienza a desmoronarse el mosaico medieval del diseño triunfante de un cosmos construido por la mano de una deidad; Heráclito junto a sus acólitos herejes, vuelve a oírse su voz en el ambiente: nunca nos bañamos dos veces en las aguas del mismo río, la realidad fluye arrastrándonos a una perpetua transformación, de la nada al ser y del ser a la nada. Por un momento se vive entre la heterodoxia y un pensamiento multipolar, multidireccional gracias a la amplitud de nuestro espacio dado por el astrónomo cracoviano. No hay centro fijo: desaparece de toda composición. Apertura para multiplicar las visiones, llegando a tomar juego en el asunto la cófrade de los herejes: se ataca a la visión única de la realidad, deja de ser única e impuesta jerárquicamente y por el uso del garrote, es decir por la fuerza del que tiene más poder; la razón se asoma todavía trémula pero con ánimos de emprender su recorrido; la realidad de escoger. Las fuerzas centrifugas sobrepasan a las centrípetas. Marsilio Ficino, dice Fuentes, establece de un plumazo: *todo es posible. Nada debe ser desechado. Nada es increíble. Nada es imposible. Las posibilidades que desconocemos...* (Fuentes: *Cervantes o la Crítica de la lectura*, pág. 26). La cárcel

medieval estaba fabricada con las piedras del geocentrismo. Al perderse las estructuras estables del orden monolítico medieval, comienza a reinar cierta confusión; el hombre europeo se sentirá disminuído y desplazado de su antigua posición central. Si Copérnico extiende al mundo, llevándolo, igualmente, a sus límites y lo reduce a sus proporciones exactas, entonces, el geocentrismo europeo, la universalidad divina, se tiene que enfrentar con la particularidad cultural de diversos mundos que se presentían pero que aún se mantenían desconocidos. Autores diversos han sugerido que tanto América como sus nativos, antes de ser descubiertos, fueron inventados, deseados, necesitados. El hombre europeo se encontró prisionero en su mundo cerrado. El Nuevo Mundo es inventado, imaginado, deseado, necesitado, ¿descubierto? en un momento de crisis europea; nuevo horizonte donde se confirma, se autorreconoce y se refleja. América se convertirá en la Utopía de Europa. Utopía proyectada en el espacio, por ser éste el vehículo de la invención, el deseo y la necesidad europea en el tránsito entre el Medioevo y el Renacimiento. La crisis del mundo medieval europeo en su tránsito al Renacimiento la podemos vislumbrar dentro de la significación del espacio citadino. Ciudades amuralladas, junto a puentes elevadisos caerán para siempre frente a la llaneza de las ciudades abiertas -ciudades del Don Juan, del Fausto, como también del escenario de la Celestina de Rojas-. Ciudades permeables al atropello de las epidemias del escepticismo, del orgullo individual, de la ciencia empírica y del crimen contra el Espíritu Santo. Ciudades que, como esponjas, se hundén dentro de los más variados negocios llenándose de su liquidez más irrestricta y fiel: las tasas de interés. Ciudades donde acunan y engendran el amor y la imaginación sin Dios; ambos se podrán comprar con el manejable dinero. Ciudades que darán creaciones como las obras de Shakespeare y de Cervantes.

La imagen de América es la posibilidad de una Arcadia, de un volver a comenzar la historia sin manchas. Galileo y Copérnico, con sus aseveraciones, destruyen los principios medievales en donde se aposentaban los fundamentos de toda la historia. Nuestra historia no será solamente dato reconstruido, sino que de una manera más o menos oscura, ha sido deseada. América será búsqueda utópica, invento para el encuentro con lo adánico, y ésto mucho antes de la llegada de los mismos europeos a estas tierras. Es la necesidad europea de encontrar

una isla feliz, una ciudad de oro. Será, ya llegados los del Viejo Mundo, lugar para la aventura en pos de El Dorado, del paraíso patriarcal, de la identidad original o de una helada mitificación encontrada más allá de la pesadilla histórica y de la esquizofrenia cultural, lugar donde se encontrará una vida longeva entre sus moradores nativos como, también el de la ausencia de pestes y enfermedades. Tal concepción del Paraíso de América fue debida al énfasis atribuido durante el Renacimiento a la naturaleza como norma de patrones estéticos, éticos y morales, del comportamiento de los hombres y de su organización social y política. Para la teología de la Edad Media, período de inducciones audaces e imaginación delirante, el Paraíso Terrenal no representaba ya un mundo intangible, incorpóreo, perdido en el origen de los tiempos, como tampoco una fantasía ambigua y piadosa; será una realidad presente en algún sitio recóndito, más por ventura accesible. América, su hallazgo, como lo hemos dicho, se debió a un deseo, a una predicción, a un augurio que estuvo en la imaginación de navegantes, exploradores y pobladores del hemisferio occidental. No es de extrañar que, en contraste con el viejo escenario familiar de paisajes decrepitos y hombres atareados, debatiéndose contra una áspera pobreza, la primavera constante de las tierras recién descubiertas surgía ante sus primeros visitantes como una copia del Edén. El hombre americano será presentado como un individuo desprendido de la historia, sin ancestros, libres de manchas nefastas. ¿Cómo era la naturaleza del Viejo Mundo?. Una naturaleza regateada, avara en sus repartos y dádivas, dividida en estaciones y beneficiando sólo a los previsores, a los diligentes, a los pacientes que, a diferencia de naturaleza encontrada en América, se llegaba a entregar en inmediata plenitud y sin la dura necesidad -señal de imperfección- de tener que apelar al trabajo de los hombres. ¿Cuál es la impresión del forastero?. Extasis ante la vegetación siempre verde, el colorido, variedad y exotismo de la fauna, la bondad del aire, la simplicidad y la inocencia de las gentes. Como en la edad dorada de la historia bíblica de los primeros días de la Creación, todo en este lugar era don de Dios, no obra del labrador, del cosechador o del molinero.

En todo ello se nos proponen y se proyectan en el tiempo constantes imágenes conflictivas que remitirán a lo absoluto. *Nostalgia del buen salvaje y escatología del hombre revolucionario; Godot-Quetzalcóatl debe regresar a vengar la muerte de Atahualpa-Cuahtémoc-*

Adan. Arraigo provinciano y desarraigo cosmopolita: tequila y hierba mate contra Champagne y Twinings'tea... (Fuentes: *La Nueva Novela Latinoamericana*, pág. 68). Que para Fuentes quedarnos así, dentro de estos absolutos es hallarnos en una cultura sin humor.

El Nuevo Mundo para la Europa del siglo XV carecerá de tiempo y, por tanto, de historia. Esta será la respuesta a la interrogante sobre esta nueva y gigantesca naturaleza que es el espacio del Nuevo Mundo. Mundo sin tiempo, mundo sin historia, mundo que se transforma en un querer -y no llegar nunca- ser Utopía. América es vista bajo el lente de un contrasentido: se querrá que sea Utopía, la cual, por definición etimológica, es el no-lugar; pero la historia americana se ha empeñado en creer que no hay otro lugar para imaginar a aquella. Para Fuentes este conflicto territorial, histórico, moral, intelectual, artístico, aún no termina. El seguir llamando a ese hecho "descubrimiento" es mantenerse dentro de la concepción idealista con que ya Hegel había analizado el hecho en 1820 como, a la vez, olvidar sus observaciones al respecto. Rubert de Ventós ha señalado que esa postura es mantener la idea de que antes o fuera del Estado europeo no hay sino pueblos que, como termitas o abejas, no tienen historia ni ciencia de sí mismos (*son prehistoria o historia geográfica que debía ser descubierta*). Es olvidar la intuición hegeliana de que las condiciones de vida americana hacían a esos pueblos vulnerables al mero contacto exterior, y lo transformaban en genocidio. Hegel dirá que su cultura *había de perecer tan pronto como el Espíritu se acercara a ellos... desapareciendo al soplo de la actividad europea*. De lo que se trata es no celebrar tanto el *descubrimiento* de América sino el de pasar a comprendernos, unos a otros, como artífices del último y dramático reconocimiento entre culturas posibles dentro de nuestro mundo. Encuentro que produjo la unidad territorial de América como de España; ninguna de las dos existían como unidad cultural antes de 1492; es con el encuentro que ambas se llegan a construir, al decir de Rubert de Ventós (*El Laberinto de la Hispanidad*, 1987, p. 22).

Continuando con Fuentes: para él la Utopía era la tercera posibilidad de nuestra América. La primera posibilidad que tuvo esta tierra está realizada por la organización indígena, personificada por Moctezuma, quien se rige por el círculo de la fatalidad. La segunda era

la que representa el Conquistador Cortés, quien se rige por la voluntad. Al terminar sus tiempos encontramos que ninguno de los dos tendrán razón y ambos, vencido y vencedor, serán dominados por las instituciones de la Corona y de la Iglesia, por el Poder y la Fe. Así, para Fuentes, la tercera posibilidad pudo haber sido la Utopía, en donde se vislumbra la construcción de una sociedad humana armónica, en donde se rechaza tanto la fatalidad opresiva de la teocracia azteca como el culto de los reyes católicos y sus sucesores. **Utopía significa aquí que los valores de la comunidad son puestos por encima de los valores del poder.**

La invención de América es la invención de Utopía; Europa la desea, la nombra la encuentra y al final, en su afán de poder la terminará destruyendo. En la Europa del siglo XVI el continente americano representó la posibilidad de regeneración del pestilente y podrido cuerpo del territorio europeo. Intelectuales: Erasmo y Montaigne, Vives y Moro, serán las antorchas anunciadoras de uno de los siglos más sangrientos de la historia: el de las guerras religiosas: Reforma versus Contrarreforma. Tal mundo contrahecho y sin salida, ahogándose en el lodo del fanatismo sembrado ante el dogma de la cruz se erigirá, finalmente, la utopía que, contradictoriamente, tendrá su lugar en el recién inaugurado territorio de América para la expoliación y la esperanza, espacio para los mitos del buen salvaje y de la edad de oro, crisol de posibilidades a teñirse de frustraciones y locuras traídas de la olla podrida de Europa, civilización que perdió su posibilidad de enmendarse en estas nuevas tierras.

En el orden de las cosas, impuesto por el hombre, nos encontramos que aquellos están aquí o allá. Para aquel segmento temporal del renacimiento la edad de oro y el buen salvaje están *allá*: en otra parte, en el Nuevo Mundo. Mundo de la esperanza y de la confirmación de la Utopía, pero también de la destrucción. ¿Cuál es la visión de Colón a su llegada a Santo Domingo?. Colón describe el paraíso terrestre a la Reina Católica en sus cartas: Utopía es objeto de una confirmación e, inmediatamente, de destrucción. Colón describe a sus aborígenes idealizándolos como apacibles y dóciles, poseedores de una bondad natural, viviendo en armonía con las cosas naturales, imagen que ayudará a fundar el mito del noble y buen salvaje. De todas formas, Colón mantiene la creencia en la cercanía del Paraíso Terrestre no sólo como

sugestiva metáfora o fantasía pasajera sino como una especie de idea fija, ramificada en numerosas derivaciones o variante, que acompaña y precede, indefectiblemente a las actividades de los conquistadores. Frente al Cabo Hermoso exclamará extasiado: *Y llegando yo aquí, a este cabo, vino el olor tan bueno y suave de flores o árboles de la tierra, que era la cosa más dulce del mundo.* De los aborígenes de Cuba, a su vez, serán un pueblo *de amor y sin codicia, y conveniente para toda cosa, que certifico a Vuestras Altezas seguirán optando por mantenerlos libres en tanto súbditos y no sólo por la baratura de la mano...* Todo ello puede ser tomado como símbolo y anticipo de lo que sufrirá el propio Almirante al volver a España con grilletes en los pies por la repartición indebida de los indios en la Española. Pero, de todas maneras, hay una triste realidad imposible de esconder. *Entre 1492 y 1640, la población indígena de México y de las Antillas desciende de 25 millones a un millón, y la de la América del Sur de tres millones y medio a medio millón. El buen salvaje fue esclavizado en la mina, la encomienda y el latifundio* (Fuentes: Valiente, pág. 66). Para los habitantes de las poblaciones de extranjeros en América, carentes de esclavos de Guinea, el gran atractivo que podían ofrecer esas regiones tan codiciadas al principio como fuente de fabulosos tesoros, se concentraba en las ganancias proporcionadas eventualmente por el amplio vivero de indios sumisos y trabajadores. La inclinación por las excursiones de caza humana despunta así en el ánimo de los distintos integrantes de las capitanías y virreinos que, poco a poco, no querrán saber de otra riqueza sino el representado por las piezas humanas de aquellas tierras. Tanto, que alguien llegó a decir que sus *mejores minas eran matar y capturar indios.* La edad de oro, el Jardín de las Hespérides, se convierte en la edad de hierro y en campo de trabajos forzados. Si bien nos asombramos de las cifras dadas por el propio Fuentes de la disminución de la población indígena en México y América del Sur no deja de ser menos asombrosa la exterminación llevada a cabo en la América del Norte. En ochenta años de presencia franciscana (1770-1850) los indios de California pasan de doscientos mil a ciento treinta mil, pero en sólo treinta años (1850-1880) los anglosajones reducen estos ciento treinta mil a veinte mil.

Colón no se encontraba tan lejos de ciertas concepciones muy corrientes de la Edad Media acerca de la realidad física del Paraíso

Terrenal y descreer de su existencia en algún punto del globo. Las Nuevas Indias, lugar a donde había sido guiado por la mano de la Providencia, estaban situadas al borde de dicho paraíso. En los motivos edénicos que muestra Colón en su descripción de ese Nuevo Mundo es tributario de viejas convenciones eruditas, forjadas o desarrolladas por innumerables teólogos, historiadores, poetas, viajeros, geógrafos y hasta en los cartógrafos de la Edad Media: el modelo de mapamundi más corriente usado es indicativo del explicable deseo de atribuir, en las cartas geográficas, una posición eminente al Paraíso Terrenal, representándolo, comúnmente, en la posición del Oriente, de acuerdo con el texto del Génesis (2, 9-25 y 3, 1-24: ahí se relata que el señor Dios habiendo creado al hombre, a quien dio vida y lo hizo alma viviente, plantó para su habitación un Huerto del lado del Oriente). Es igualmente sabido que ni los progresos de la ciencia ni la experiencia de los navegantes habían logrado desterrar al dominio de las antiguallas del dogma de que el Oriente, por participar mejor de la naturaleza del sol, era más noble que el Occidente. En las Disputaciones *Adversus Astrologiam Divinatricem* de Pico della Mirandola, quien daba poco crédito a la astrología adivinatoria o a la magia, no dudó en abonar aquella idea con toda la autoridad de su sabiduría. Pensaba que para afirmar eso no se apoyaba en celestes conceptos o en místicas alusiones sino en razonamientos sólidos. El diría que bien podemos observar que el sol moviéndose de este a oeste y entre Cáncer y Capricornio, *las gemas, los aromas, todo cuanto requiere el calor celeste* debe producirse de preferencia en las partes de Levante y del Mediodía.

Colón en su tercer viaje, al arribar a las costas del Golfo de Paria presentirá más viva la idea de su cercanía con el Paraíso, imaginando a estos parajes llenos de magia y leyenda. El golfo estaría junto al Edén, creencia que se desprendía de pensar que todo el área se encontraba en el último punto del Extremo Oriente, punto en donde se levantó el sol el día de la creación; lugar de los buenos aires templados a pesar de estar vecinos al equinoccio; de las aguas dulces, apacibles y saludables; del jardín natural que en muchas partes formaba la vegetación; del río de cuatro desembocaduras (pues esa cantidad había contado la gente de la carabela *El Correo*, mandada en reconocimiento) idéntico al que, saliendo del Paraíso Terrestre también se dividía en cuatro miembros, mostrando todo un espacio en abundancia de riquezas. No es de

extrañar una posible influencia del mapamundi del cartógrafo Andrea Bianco de 1436, probablemente conocido por Colón; este mapa nos muestra el Paraíso junto a una península, (¿Península de Paraguaná?). Colón escribe: *Ya dije, aquello que encontraba de este hemisferio y de su hechura y creo que si pasase por debajo de la línea equinoccial, al llegar ahí, en ese lugar más alto, encontraría mayor templanza y diversidad en las estrellas y en las aguas, no porque crea que donde se halla la altura extrema sea posible navegar o sea posible subir hasta allá, pues creo que allá está el Paraíso Terrestre, donde nadie puede llegar, salvo por voluntad divina...* Para Colón el Paraíso Terrenal no es algo intangible; él está seguro que ha llegado allí; y admite que sólo podía alcanzarse con el auxilio divino: con la guía de la mano de Dios. Para Santo Tomás el paraíso soñado debería encontrarse en el interior de la zona tórrida, exactamente debajo de la línea del equinoccio.

El Nuevo Mundo, según Fuentes, más que presentarse como la Arcadia, como el jardín de las Hésperides, como la utopía de la felicidad humana será presentado como la utopía para la explotación del beneficio de la humanidad. ¿Por qué? por ser sólo naturaleza: es una u-topía a-histórica, idealmente deshabitada o, -como dirá Fuentes-, *a la postre deshabitada por el genocidio nativo y rehabilitable mediante la inmigración europea. La Civilización o la Humanidad no están presentes en ella.* Colón, como es sabido, buscaba una nueva ruta, por Occidente, para llegar a tierras de Asia, un mundo cultural posiblemente más antiguo que el europeo; buscaba imperios de Catay y Cipango: China y Japón. Américo Vespucio -y no Colón- será el primer europeo que dirá que éste es, en verdad un Mundo Nuevo: de él proviene su nombre. Es quien hunde la raíz utópica en América. Para este italiano la utopía es una sociedad, los habitantes de Utopía viven en arreglo con la naturaleza. Américo Vespucio describió en la carta llamada **Bartolozzi**, redactada en 1502, ese paraíso natural: *Los pueblos viven con arreglo a la naturaleza y mejor los llamaríamos epicúreos que estoicos... No tienen propiedad alguna sino que todas son comunes. No necesitan gobierno. Viven sin rey y sin ninguna clase de soberanía y cada uno es su propio dueño,* además de anunciar la abundancia y el verdor de las plantas y flores en nuestros bosques, el suave aroma que de ellas emana y aún el sabor de las frutas y raíces, todo ello sugiriendo al florentino la vecindad del Paraíso Terrenal. Mundo Nuevo y no sólo Nuevo Mundo: este

Nuevo Mundo es nuevo, no sólo en su lugar, sino en sus contenidos: plantas, frutas, bestias y pájaros; que es en verdad el paraíso terrestre; los europeos están dispuestos a creer a Vespucio que, como Santo Tomás, sólo cree en lo que ve y lo que entra por su retina es que la Utopía existe y él se gloria de haber podido estar ahí, que, al citar de Fuentes, es testigo de esa *edad de oro y su estado feliz (l'età dell' oro e suo stato felice)* cantada por Dante, donde *siempre es primavera y las frutas abundan (qui primavera è sempre, ed ogni frutto)*. Para Fuentes queda claro que América más que descubierta, es inventada. Se inventa lo que queremos descubrir; descubrimos lo que imaginamos. *Nuestra recompensa es el Asombro*, (Fuentes: *Valiente Nuevo Mundo*, pág. 60). Habría que aclarar que la expresión "Nuevo Mundo" no fue acuñada por Américo Vespucio sino por el humanista español Pedro Mártir de Anglería en su libro *Décadas del Orbe Nuevo*, para designar a estas tierras nuevas. Nuevo no sólo por ser ignorado hasta entonces y estar ausente de la geografía de Ptolomeo sino, también, porque el mundo se renovaba allí, y regeneraba, vestido de verde inmutable y libre a los rigores de las estaciones, como si se estuviese regresando a la gloria de los días de la Creación.

Las misiones apostólicas llegarán a las tierras de Nueva España (México), por el año de 1524, el dominico Vasco de Quiroga en 1526. ¿Cuál será su misión?. La de el mensaje de Cristo y los modos de su civilización -la salvación de las almas- no se llegara a desvirtuar y borrar con el devenir de la ambición económica y política de la conquista. La Conquista y la Evangelización comienzan a sufrir lo que Lezama Lima llamó Contraconquista: un proceso en que se comienza a producir conversiones en sentido contrario, asumen la cultura del otro, como Fray Toribio Benavente, alias Motolinia, y se pasan al bando contrario; o como los desertores del ejército de Pizarro que irán a defender la fortaleza de Vicalbamba a las órdenes del indio Manco; o de los dominicos españoles que, traicionando los intereses de España, conseguirán en 1537 que el Papa Paulo III promulgue las bulas *Veritas Ipsa y Sublimis Deus* condenando como herética la tesis sobre la irracionalidad de los indios y como pecaminoso todo empleo de esclavos.

Bartolomé de las Casas será quien denunciará la destrucción de la Utopía por los mismos que la inventaron y desearon. Tata Vascos

vendrá no sólo a denunciar sino, también, a encarnar a la Utopía dentro de la historia: viene a realizarla. Vespucio la describe, Moro la funda en la imaginación, Quiroga la construye en la realidad, le da al no-lugar un lugar y, por tanto, la introduce en la historia y en el tiempo de la cultura americana y universal. Igual que Platón cuando prohibía que ningún ciudadano tuviera una propiedad o riqueza cinco veces mayor que la mínima, igual que Marx al proponer la propiedad colectiva de los medios de producción; Vasco comprenderá como lo habían hecho los indios zapotecas o zinacantecos el de no plantear a la acumulación de la riqueza como una injusticia, sino, ante todo, como un desequilibrio, una **desmesura** que pronto se podría convertir en peligro público (Ventós. idem. p. 43).

Más que los españoles buscar un simple y lineal desarrollo de América, empezarán por dejarse seducir y comprometer con ella. Los hispanos, a diferencia de los anglo, comenzarán a cruzarse con los indígenas no ya eventual sino deliberadamente. Las Leyes Nuevas reconocen todos los derechos a los mestizos y desde 1503, con Obando, se estimulan los matrimonios cruzados. Por otra parte se cuestiona la legitimidad de la conquista, de defender teológicamente la libertad y la igualdad de los indios, a aprender su lenguaje y asombrarse de su diversidad cultural. Se trae un espíritu más heroico que industrial; decreta grandes principios legales (igualdad, libertad, justicia), más que una legislación para mantener un sentido previsor y laboral al estilo inglés; en fin, honores más que ganancias, a diferencia de los países angloamericanos.

Vasco de Quiroga, oidor de las Cortes, se empeñará en llevar la Utopía a cabo por primera vez en la ciudad de Michoacán, la Nueva España (México), y ello lo hace obteniendo inusitado éxito aunque con poca duración. El libro de Moro será el que tenga de cabecera éste obispo, sirviéndole de modelo para la fundación de sus comunidades utópicas en Santa Fe y Michoacán alrededor de 1535. La *Utopía* deberá ser la *Carta Magna, la constitución de la coexistencia pacífica entre el mundo devastado de los indios y el mundo triunfalista del hombre blanco en el Nuevo Mundo (Valiente Nuevo Mundo, pág. 64)*. Fuentes cita las palabras del propio Quiroga: *Porque no en vano sino con mucha causa y razón este de acá se llama Nuevo Mundo, y es Nuevo Mundo,*

no porque selló de nuevo sino porque es en gentes y casi en todo como fue aquél de la edad primera y de oro, que ya por nuestra malicia y gran codicia de nuestra nación ha venido a ser de hierro y peor (ibid). Alfonso Reyes llamó a Quiroga como *uno de los padres izquierdistas de América*. Silvio Zavala le ha dedicado sobrada y concentrada atención a la importancia de éste misionero y su influencia y obra tanto para México como para el resto de América. Quiroga como su Zumarraga, dirán que hay que preservar, aislar incluso imitar éste orden social cuya igualdad, humildad y jovialidad *parecen propios* -escribe Vasco de Quiroga a Carlos V- *de la edad Dorada que se describe en los Saturnales de Luciano*. Todo ello dando una idealización teórica de los indígenas. Rubert de Ventós lo señala como caso límite de aquél orden español y Octavio Paz dirá que dicho orden estaba más preparado para perdurar que para evolucionar.

Por otra parte, tanto humanista como religioso, acusaron a la crueldad conquistadora de pisotear las tierras de Utopía. *El valiente mundo nuevo y su buen salvaje estaban siendo esclavizados, herrados y asesinados por los hombres armados del viejo mundo que descubrieron y proclamaron que ésta tierra de Utopía, la tierra de la Edad de Oro* (idem. p. 65). Para Quiroga sólo la Utopía podía salvar a los indios de la desesperación. Las comunidades fundadas por éste obispo en Michoacán y Santa Fe se le llamó "Hospitales", en las que se aplicó las enseñanzas de la Utopía de Moro: propiedad comunal, jornada de trabajo de seis horas y horarios alternados con ejercicio y recreaciones en pequeñas industrias caseras, prohibición del lujo, magistraturas familiares y electivas, almacenamiento y despensas colectivas, y distribución equitativa de los frutos del trabajo. Campos de experimentación para lo positivo de Europa: se plantan las frutas y hortalizas del viejo mundo, se traen telares domésticos para la elaboración de lanas, de lino, de la seda y del algodón; se retoman las artes y la fiesta popular. Se desarrolla una organizada coordinación económica que llevaba a localizar en cada lugar una determinada industria evitando la excesiva oferta, -la riqueza debe ser limitada-, ocasionando un provechoso y equitativo intercambio entre aldeas y comunidades. La comunidad de Sécula, se dedicará al corte de madera; Teremendo, fabricará calzado; Uruapán, jícaras barnizadas y laqueadas, ornamentadas con los motivos ricos del arte popular mexicano. Todo a

partir de 1536, el mismo año que, paradójicamente, sería decapitado Moro en Inglaterra a las órdenes Enrique VIII.

La obra del oidor de la audiencia de México y Obispo de Michoacán, el Tata Quiroga, se prolongará hasta las tierras de Paraguay, cuando, en 1606, se instalarán los jesuitas en América. En 1649 establecidos ya en Río de la Plata se internarán en territorios guaraníes, consiguiendo que Felipe IV incorpore inmediatamente a los indios del Paraná liberándolos de las tutelas de los encomenderos, del pago de la Mita y de los servicios personales. Allí atraen mediante la música y las artes mecánicas (el atractivo más eficaz para establecer un pueblo nuevo y afianzar en él a las familias salvajes -escribe el padre Gumilla- es buscar un herrero y armar una fragua, porque es mucha la afición que tienen los indios a este oficio y grande la utilidad que les da el uso de herramientas que antes ignoraban). Se organizan almacenes y cultivos comunes; se da adiestramiento formal y práctico para la civilización mecánica en talleres de relojería y joyería. Emprenden el trabajo de cercar praderas para el ganado comunal, levantan talleres y rudimentarias escuelas de oficios y llegan a seducir, por sus beneficios, a los indios errantes dentro de la vida laboriosa y tranquila de la reducción. Para la protección de esta colonias de las otras tribus salvajes o de piratas holandeses o del celo del imperio portugués al lado de su partida de mamelucos a la caza de esclavos, se organizará una caballería que consigue imponerse en la Batalla de Morore (1641) y un siglo más tarde (1754), al mando del caudillo Sepee, manejando rudimentarias escopetas de caña, llegan a detener, en dos frentes distintos, a los ejércitos español y portugués hasta que todo concluye con la masacre de Caibale en 1756. Lo impresionante es que un pueblo de cien mil habitantes fue organizado en forma justa y exitosa por sólo treinta jesuitas. Tal enfrentamiento tiene su origen de los encomenderos y latifundistas criollos o aristocracia criolla con visión nacionalista (Anguera y Monpox) que se enfrentarán contra las tendencias realistas, como cosmopolitas y extranjerizantes de los jesuitas. Sabemos que, desde 1709, los indios de la reducciones no tenían que pagar diezmos como tampoco que trabajar para los hacendados. Los latifundistas se quejan de la falta de mano de obra, además Monpox acusará a las reducciones de contrabando, comercio ilícito y trampas en la rendición de cuentas al Cabildo. A finales del siglo XVII las reducciones atraerán las inversiones desviándolas de las

Encomiendas con latifundios criollos. A los pocos años la administración colonial tiene que acabar fijando fronteras y cotas máximas de exportación para las misiones guaraníes a fin de proteger el sistema de producción ineficiente de los encomenderos y latifundistas. *Imagínense el escándalo de éstos delegados de la corona que han de establecer un sistema proteccionista para defenderse de una sociedad indígena con un superior ritmo de desarrollo!* (Ventós. 1987, p. 60). Se crea un sistema de Ramadas que hará correr la voz que en las reducciones se está creando un imperio Indígena Independiente. Las Ramadas o Tambos fueron una especie de alcabalas de hospedaje gratuitos para los comerciantes y proveedores donde se les vigilaba casi como prisioneros de Estado. A los guardianes de éstas se les tenía prohibido hablar con los visitantes quienes podían permanecer hasta un límite de tres días en ellas. ¿Para qué tal tipo de retención?. ¿Qué podría esconderse detrás de las Ramadas?. En el fondo era un problema monetario. Lo que se escondía y protegía no era tanto el desarrollo y eficacia de esta sociedad indígena cerrada, sino el hecho de que allí no se conocía el dinero. Ventós lo señala: *más aún; el peso, valor de cambio, había sido vaciado, transformado en peso hueco y convertido en pura unidad de medida* (idem. p. 61).

La Utopía de Quiroga será, de esta forma, prolongada en las tierras de Paraguay durante siglo y medio (1607-1767), aboliendo guerras y disputas económicas. Experimento y reforma social ahogadas, poco a poco, con la excesiva lentitud del estado español, con la avaricia e incompetencia de la aristocracia criolla y nacionalista como, también, por la inercia burocrática y formularia con que se deja morir la hazaña humanizadora de los pioneros misioneros jesuitas del siglo XVI al XVIII. Esta realidad rural e indígena de América, han dicho Ureña, Reyes, Picón Salas, será reemplazada por la artificial pompa del barroquismo, prefiriendo los frailes los conventos ricos de las grandes ciudades...

Esto condujo a frustrar esa tercera posibilidad de la que nos habla Fuentes. Se perdió la ¡Gran ocasión de América!. Y, sin embargo, dice Fuentes el problema de la Utopía persiste. ¿Por qué?.

Fuentes, al igual que Mircea Eliade, nos dice que en toda literatura siempre debe reposar entre otros un sustrato mítico original, con lo cual

el hombre no puede escapar al tiempo porque nunca hubo ni habrá un tiempo sin un tiempo original, prístino, primero. Muchos de nuestros intelectuales llevan asociado a su obra el deseo y el interés de un volver atrás, de encontrar la historia primordial de sus países como también de desarrollar una voluntad de querer comenzar de nuevo, una nostálgica ambición de revivir la beatitud y exaltación creadora de los orígenes; en el campo de nuestras artes lo podemos observar como una expresión de los distintos medios gastados por el tiempo y el abuso, y se retoma la esperanza de volver ab initio en la actividad artística. Ante tal constante de ese volver atrás nos preguntaremos ¿cuál es su significación? ¿por qué siempre tenemos arraigados en nosotros la necesidad de desear reconquistar un tiempo original?. El escritor mexicano no muestra otro argumento que el de un capricho particular. Su respuesta es que para nuestra memoria, en aquel recodo de tiempo principesco, supuestamente, éramos felices: vivíamos en la áurea aetas; nos encerramos en la nostalgia de volver a vivir los propios orígenes. Distintos nombres y autores se han referido a ese momento de la memoria humana: Homero: la isla de Nausica. Hesíodo: las arcadias sin penas. Isidoro: lugar donde no se conoce ni el frío ni el calor sino una constante templanza del aire. Ovidio: la edad de la verdad y la fe. Tasso: la edad de los arroyos de leche. Otros autores se refieren, más bien, a la pérdida de dicho momento: John Donne: *las doradas leyes de la naturaleza son derogadas...* Ovidio: en *Las Metamorfosis: En principio fue la Edad de Oro, cuando los hombres, por su propia voluntad, sin miedo al castigo, sin leyes, obraban de buena fe y hacían lo justo... La tierra... producía todas las cosas espontáneamente... Era la estación de la primavera eterna... Los ríos fluían con leche y néctares... Pero entonces apareció la edad de hierro y con ella toda suerte de crímenes; la modestia, la verdad y la lealtad huyeron, sustituidas por la traición y la trampa; el engaño, la violencia y la codicia criminal.* El asceta y místico español Malon de Chaide la describe así: *No se sabe que cosa es dolor, no hay enfermedad, no llega a tí la muerte porque todo es vida; no hay dolor porque todo es contento; no hay enfermedad porque Dios es la verdadera salud. Ciudad bienaventurada, donde tus leyes son de amor; tus vecinos son enamorados; en tí todos aman; su oficio es amar, y no saben más que amar; tienen un querer, una voluntad, un parecer; aman una cosa, desean una cosa, contemplan una cosa, y unense con una cosa (...).* Cervantes, en desencantado recuerdo, señala en su *Don Quijote: Dichosa*

edad y siglo dichosos aquellos a quienes los antiguos pusieron nombres de dorados, y no porque en ellos el oro, que en nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces, los que en ella vivían, ignoraban estas dos palabras de tú y mío. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento, tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarse de las robustas encinas su fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia... Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia. Cervantes debió conocer el libro De Orbe Novo de Pedro Mártir de Anglería donde escribe cosa como éstas: Soy del parecer de que nuestros isleños de la Española han de ser más afortunados que aquellos, puesto que aprenden la religión; pues desnudos, sin peso ni medida sin la mortífera pecunea, viviendo en la edad de oro, sin leyes, sin calumniosos jueces, sin libros, se contentan con el estado de naturaleza, nada preocupados por el porvenir, palabras redactadas durante el bienio de 1493-1494, cuando se obtenían en la metrópoli imperial española noticias frescas del descubrimiento junto a las esperanzas que despertaban, admitiendo una visión inmaculada. En el Libro III de Mártir, redactado por el 1500, al referirse a la Isla de Cuba escribe *que la tierra era de todos, así como el sol y el agua, que lo mío y lo tuyo, germen de todos los males no existían para esa gente (...)*. Si Cervantes no lo leyó al menos conocía tal visión. Sabemos que el Manco de Lepanto quería venir a las tierras de América y por tanto, pensamos, que el libro de Pedro Mártir debió ser leído por aquél. En esas imágenes de diversos escritores encontramos, también, una polémica contra la miseria del tiempo presente en contraposición con el elogio y la nostalgia de un pasado venturoso y edílico.

Pero estos autores, algunos de los antes citados por Fuentes en su último libro de ensayos *Valiente Nuevo Mundo*, nos hablan, -exceptuando el señalamiento que yo hago al escrito de Pedro Mártir con Cervantes-, no de un lugar sino de un tiempo pasado. U-topos, no hay tal lugar. La búsqueda de Utopía se comprende como la necesidad de un hallazgo en el espacio más que en el tiempo. La idea de la utopía en América parece marcada por un hombre de espacio propio del Renacimiento.

El mundo indígena -señala Fuentes-, el mundo del mito, contesta

esta pregunta desde antes de ser conquistado. La utopía sólo puede tener tiempo. El lugar que no es no puede tener territorio. Sólo puede tener historia y cultura, que son maneras de conjugar el tiempo. Origen de los dioses y del hombre; tiempos agotados, tiempos nuevos, augurios; respuestas del tiempo a una naturaleza amenazante a cataclismos natural inminente, (Valiente..., p. 69).

Nuestra mitología aborigen contesta esa pregunta mostrando a la utopía como un recuerdo. Recuerdo de una edad feliz adherida al deseo de reencontrarlo y que es deseo de estar en un tiempo feliz, que añade una voluntad de construirlo.

No regresa (el tiempo) es el verbo de la utopía de la edad de oro original. **Regresar** es el verbo de la utopía de la ciudad nueva donde reinará la justicia. Visión de nostalgia más que de originalidad. Pasado corrosivo ante una reflexión original y corriendo al tiempo presente. La utopía como un constante mirar al pasado, al **nunca más** que pretendemos querer un único **para siempre**.

Fuentes hace una aclaración ante tal obsesión americana. Y lo hace remontándose al francés Juan Bodino, filósofo político renacentista que escribió los *Seis libros de la República*, escrito en donde se funda la teoría y la práctica de la monarquía centralizadora francesa. El nos ofrece una variante típicamente gálica respecto a nuestro tema. En el año de 1566 sostiene que es de dudar que los pueblos primitivos tengan una cultura y una forma de organización que puedan salvar y regenerar a la corrupta Europa. Bien pudiera ser que los nobles salvaje viviesen en una **edad de hierro** y no en una de oro. Para Bodino lo que el *Mundus Novus* tenía que ofrecer era una basta geografía, no una historia feliz, un pasado dorado y mítico: América ofrecía **un futuro** no una nostalgia. Mucho antes de que esta profecía original de América -como- Futuro se convirtiese indebidamente en optimista, Bodino nos puso los pies sobre la tierra al hacer a su propia visión. Fuentes no se cansa de repetir, y nosotros lo acompañamos, la idea de que no hay una cultura absoluta y central, como tampoco una política absoluta. Lo que existe son muchas culturas -muchas verdades- que se manifiestan a través de distintas políticas. Ello significa que los iberoamericanos, al mismo tiempo que deberemos preservar nuestras identidades nacionales

y regionales, éstas se tendrán que poner a prueba constantemente en el encuentro con el otro, en el desafío de lo que no somos nosotros. Querer seguir permanecer como una identidad aislada, pura e incontaminada nos conduce a nuestra propia muerte. La cultura que se gloria de ser pura y aislada y única termina por ser el mero folklore, **manía o teatro espectacular**. Toda cultura debe asumir el riesgo de la confrontación y sólo en esa competencia y comparación es que podemos retirar nuestra presente debilidad. *El siglo XXI* debe conducirnos a una pluralidad de culturas organizadas como presencias vivas y válidas en un mundo multipolar; ello es la garantía para comprender que tenemos un futuro. La América el sencillo pero elegante elogio de nuestra realidad: el Nuevo Mundo es extraordinario por la muy ordinaria razón de que existe. América es, y el mundo, al fin, está completo. América no es utopía, el lugar que no es. Es Topía, el lugar que realmente es. Hoy sabemos que no es un lugar en que encontremos maravillas pero es el único que maravillosamente tenemos. Tal realismo bodiano no logró ni ha logrado apagar la antorcha que ilumina el largo sueño del nuevo mundo que nutre a la imaginería de los hombres americanos. Para Fuentes, como para Alfonso Reyes, si bien América primero fue sueño, deseo, invención, necesidad, el descubrimiento sólo prueba que jamás encontramos sino lo que primero hemos deseado.

Fuentes no dejará de referirse al sentido de la utopía dentro del mundo contemporáneo. En nuestro tiempo tal visión sólo podría constituir un imposible regreso a una indeseable unidad o una imposible proyección en el futuro. La primera forma es criticada por Adorno como una fantasía regresiva y romántica ("...todo tiempo pasado fue mejor", en palabras de Manrique). La segunda, el filósofo de Frankfort la considera sólo concebible a partir de un modelo de reconciliación forzada ("lo tomas y no lo dejas"). En ninguno de los casos la humanidad liberada constituiría una totalidad. Nuestro mundo, que ya toca el borde del siglo XXI se encuentra más cerca de aquello que Max Weber llamó un "politeísmo de valores". Con lo que Fuentes acendra, purifica a su propia visión. Fuentes no se cansa de repetir, y nosotros lo acompañamos, la idea de que no hay una cultura absoluta y central, como tampoco una política absoluta. Lo que existen son muchas culturas -muchas verdades- que se manifiestan a través de distintas políticas. Ello significa que los iberoamericanos, al mismo tiempo que deberemos preservar nuestras

identidades nacionales y regionales, éstas se tendrán que poner a prueba constantemente en el encuentro con el otro, en el desafío de lo que no somos nosotros. Querer seguir permanecer como una identidad aislada, pura e incontaminada nos conduce a nuestra propia muerte. La cultura que se gloria de ser pura, aislada y única, termina por ser mero folklore, manía o teatro espectacular. Toda cultura debe asumir el riesgo de la confrontación y sólo en esa competencia y comparación es que podemos revisar nuestra presente debilidad. Fuentes es realista cuando dice que no podemos vivir más del capital exiguuo del subdesarrollo nostálgico, sino que debemos enfrentar los desafíos de un desarrollo cultural más pleno ... (*Valiente*, ...p.291), conteniendo y asumiendo los riesgos que ello implica; el desafío al penetrar nuestra inteligencia dentro de ese politeísmo de valores weberiano: los valores de la sociedad civil que son centrífugos, descentralizantes, creativos; valores fortalecidos y que fortalecen por y para nuestra creación cultural. La América indo-afro-ibérica será una de las voces de ese coro multipolar. Su cultura es antigua, articulada, pluralista, moderna. Iberoamérica es un área policultural cuya misión es completar al mundo, como lo previó en el siglo XVI Juan Bodino. Nacido como una hazaña de la imaginación renacentista, el nuevo mundo debe imaginar de nuevo al mundo, desearlo, inventarlo y re-inventarlo. Imaginar América: decir el Nuevo Mundo. Decir que el mundo no ha terminado porque es no sólo un espacio inmenso, pero, al cabo, limitado, sino también un tiempo ilimitado (*Ibid*, p.295).

Respetando las palabras finales de Fuentes, creo conveniente traer aquí un trozo del *chantefable* medieval de Aucassin et Nicolette, canto que de seguro ningún europeo venido a estas tierras alrededor del siglo XV o XVI habrá leído en su época; adecuado ejemplo de la insatisfacción que tienden a producir la mayoría de las teorías utópicas, según el decir de la filósofo catalana Victoria Camps. Aucassin, ante la amenaza de no entrar jamás en el Paraíso a causa de la vida depravada que lleva, no tiene reparo en mostrar su indiferencia: "¿Qué tengo que hacer yo en el Paraíso? No pretendo entrar allí, si puedo quedarme con Nicolette. mi dulcísima amiga, a la que tanto quiero, pues al Paraíso van sólo las gentes que voy a nombraros, a saber, viejos y malolientes meapilas, ascetas míseros y acabados, etc. Esas son las gentes que van al paraíso; con ellos no tengo nada que hacer. Es al infierno a donde quiero ir,

porque es allí donde van clérigos hermosos, los bellos caballeros muertos en los torneos y en las guerras de ganancia, los hombres de armas valerosos y los nobles... Allí van también las hermosas damas cortesés hasta el punto de tener dos o tres amantes además de su marido; van también allí los músicos que tocan el arpa y el laúd, los juglares, los reyes de este mundo: es con ellos con quienes quiero estar, a condición de que tenga conmigo a Nicolette, mi dulcísima".

BIBLIOGRAFIA

AA.VV., *Utopías del Renacimiento*, FCE, México, 1973.

Buarque de Holanda, S., *Visión del Paraíso*, Ed. Ayacucho, Caracas, 1987.

Colón C., *Los cuatro viajes del Almirante y su testamento*, Ed. Espasa-Calpe, Col.Austral, # 633, Madrid, 1964.

De Benavente, T. (Motolinia), *Historia de los indios de la nueva España*, Ed. Alianza, Barcelona, 1988.

De Rotterdam, E., *Elogio de la Locura*, Ed.Espasa-Calpe, Madrid, 1953.

Fuentes, C., *La Nueva Novela Hispanoamericana*, Ed.Cuadernos de Joaquín Mortíz, México, 1969.

— *Cervantes o la crítica de la lectura*, Ed. Cuadernos de Joaquín Mortíz, México, 1983.

— *Valiente Nuevo Mundo*, FCE, México, 1991.

Henríquez Ureña, P., *La Utopía de América*, Ed. Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1978.

Huizinga, J., *Erasmus*, 2 vol., Ed. Salvat, Barcelona, 1986.

Lezama Lima, J., *La Expresión Americana*, Ed. Arca, Montevideo, 1969.

Picón Salas, M., *De la Conquista a la Independencia y otros ensayos*, Ed.

Picón Salas, M., *De la Conquista a la Independencia y otros ensayos*, Ed. Monte Avila, Caracas, 1990.

Reyes, A., *Vocación de América* (Antología), FCE, México, 1989.

Rubert de Ventós, X., *El Laberinto de la hispanidad*, Ed. Planeta, Barcelona, 1987.